

estarán siempre abiertos para los que le presenten la oliva de la paz....

«Dí el abrazo fraternal al ministro toscano, continúa Thibaudeau, y le proclamé como tal en medio de los aplausos.

«Las fórmulas de nuestra diplomacia, como se ve por este ejemplar, no eran muy complicadas, y nuestra etiqueta era muy sencilla.

«El presidente de la convencion no tenia palacios, ni fausto, ni lictores. El ministro plenipotenciario de un príncipe vino en su tren á visitarme á la muy modesta casa en que vivia. Los embajadores de los reyes de Prusia y de España, que hicieron poco despues su paz con la convencion, no fueron tratados con mayores ceremonias.

«Los hombres superficiales y ligeros corrompidos con la vida de las cortes, trataban de poner en ridículo esta sencillez; los gabinetes extranjeros estaban muy distantes de chancearse, y sus enviados, al entrar en aquella asamblea en la cual no deslumbraban ni el oro ni la púrpura, pero cuyos ejércitos triunfaban de la Europa y cuyos principios llenaban siempre de terror á los tronos, se sentian sobrecogidos de un respeto muy diferente del que les inspiraba el resplandor de la diadema y de la magestad real. En esta ocasion era cuando se sentia el orgullo de ser Frances, orgullo muy bien tenido. Nuestra gloria entonces se hallaba en toda su pureza. Habiamos empuñado las armas por la

mas noble de todas las causas, á saber, por la libertad; por el mas santo de todos los derechos, es decir, por la independecia. Nuestras victorias no habian oprimido á los pueblos, y su consentimiento habia consagrado nuestras conquistas¹.»

Thibaudeau decia la verdad, pero no la decia toda. El estado de la Francia presentaba el aspecto mas consolador; todo anunciaba un porvenir dichoso. Habia triunfado de la tiranía de Robespierre, sostenido y repelido con gloria los ataques de casi todas las potencias de Europa; les habia hecho conocer la superioridad del valor patriótico sobre el valor mercenario; pero una úlcera devoradora y casi imperceptible principiaba á fijarse en el seno del gobierno y hacia en él estragos que aun debian ser mayores. El mal que no podian los gabinetes de Europa hacer en nuestras fronteras, trataron de causarle en el interior. No pudiendo salir con la suya á viva fuerza, atacaron á la Francia con las armas de la debilidad; corrupcion, bajezas, perfidias y todos los criminales manejos que conducen ordinariamente á sus autores, cuando son gente vulgar, á los presidios ó al cadalso, fueron puestos en accion por ministros que califica de *excelencias* un ceremonial ridículo á fuerza de ser falaz. Los hombres que tienen el poder se creen exentos de todas las reglas sociales, de todos los principios de la moral y de la religion. Pero

¹ Mémoires de Thibaudeau, convencion, pág. 125 y siguientes.

aunque durante su vida se liberte su cuerpo del merecido suplicio, la posteridad reserva á su memoria el cadalso de la infamia y las *gemonias* de la historia.



CAPITULO V.

Disposiciones de los partidos; movimiento de los días 1, 12 y 13 de germinal; prisión de muchos diputados; combate naval; pérdida de dos navíos franceses; conspiracion llamada de los *huevos colorados*.

El plan de los agentes de disturbios consistia evidentemente en no permitir que un partido triunfase del otro, porque si triunfaba, cesando la lucha y sucediendo el orden y la tranquilidad á las agitaciones, se desvaneceria el objeto de las potencias enemigas. El partido terrorista iba dándose por vencido, era por consiguiente necesario acudir en auxilio suyo, inspirarle aliento y excitar su cólera. Las canciones injuriosas, el destrozo de los bustos de Marat, la abolicion de la sociedad de los jacobinos, las virulentas declamaciones proferidas en la tribuna contra los hombres del terror, y el arresto de algunos miembros de las antiguas comisiones de gobierno habian exasperado los ánimos de aquellos hombres. El temor de las persecuciones y de las venganzas perturbaba á los individuos débiles de este partido, y los animosos y de buena fe veian en estas medidas la ruina de la libertad pública, y se disponian á defenderla aun á costa de su propia vida. Casi todos estaban